

Deconstrucción de fronteras:

Literatura y Filosofía

Delmiro Rocha Álvarez

UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia. España)

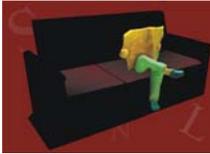
delmiroquai@gmail.com

Resumen:

Esta es la historia de una frontera que no tiene principio [o bien comienza demasiado lejos en la obediencia homicida de Abraham que, por guardar el secreto y abrir así la puerta a la literatura, entrega a su hijo Isaac a la muerte y obliga a través de su fe sumisa a rectificar al mismísimo Dios, convirtiéndolo así en culpable]. Esta es la historia de una frontera que se guarda en la memoria pero que carece, paradójicamente, de memoria [pues la diosa Mnemosine goza de un saludable porvenir sólo en cuanto borra su nombre]. Esta es la historia abisal de una frontera sin frontera, de un "ni ni", de aquello que pisando las huellas de la literatura y de la filosofía (no) es ni literatura ni filosofía. ¿Se puede contar esta historia? Aquí la cuenta el que confiesa, liberando así el secreto, "nunca supe contar una historia".

Palabras clave: Memoria - porvenir - frontera - responsabilidad

"Nunca supe contar una historia" (Derrida, 2008: 17). Con esta frase el filósofo francés Jacques Derrida empieza su libro titulado *Memorias para Paul de Man*. Concretamente es la primera frase del primer capítulo titulado, a su vez, "Mnemósine", palabra que en griego significa memoria. "Nunca supe contar una historia". Principio enigmático, principio imposible. Imposible, principalmente, si lo que le sigue es una obra escrita que excede las doscientas páginas. Imposible, en principio, si podemos llamar "historia" a las muchas líneas que la siguen y si entendemos el verbo "contar" como una narración que supone, en algún sentido que habrá que determinar, la escritura. Imposible, entonces, principalmente y en principio, principio imposible precisamente por estar en el principio. No podemos evitar el principio ni podremos evitar hablar, hoy y aquí, del principio o de la ciencia de los primeros principios, como se le llamaba antaño a lo que hoy llamaríamos filosofía, metafísica o, con un esfuerzo un tanto



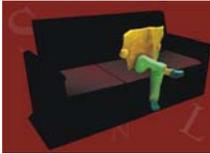
reduccionista, ontología. Y como ustedes saben, hablar de los principios en Derrida no significa *contar* los principios derridianos o los principios de la deconstrucción, como si tal cosa existiera, sino más bien es siempre deconstruir un principio, un inicio, un comienzo o un fundamento, aquello que supuestamente, es decir *en principio*, está en el principio; o por decirlo con sus palabras, es hablar del no-origen del origen, aquello a lo que Derrida se acerca con los nombres de huella, ruina, *différance*, resto, excremento, y un largo etc. Y esta frase que está al principio, dudando ya de sí misma, "nunca supe contar una historia", viene, como principio, en segundo lugar. El libro *Memorias para Paul de Man* empieza de hecho, y como es habitual, por un prefacio, un prólogo, es decir algo que no está estrictamente en el principio ni en primer lugar (más que en una ficción meramente espacial) sino antes del principio, una palabra antes de la primera palabra. Y todas estas palabras, las primeras y las que están antes de las primeras, están escritas para un literato, para una literatura, para y desde la memoria de Paul de Man. Derrida comienza, pues, con una confesión, es decir parte de lo que un día fue secreto: "Nunca supe contar una historia" e inmediatamente continúa: "y como nada amo más que la memoria y la Memoria –Mnemósine– siempre he sentido esta incapacidad como una triste debilidad"(2008: 17).

¿Qué quiere decir amar la memoria? ¿Se puede contar una historia sin memoria?
¿Y la historia de la memoria, se puede contar? ¿Podría Funes contarse a sí mismo su propia historia? ¿Es la memoria, en última instancia, algo distinto de la historia?

Continúo, todavía en la "primera" página, esta confesión inicial de Derrida:

¿Mas qué ocurre cuando el amante de Mnemósine no ha recibido el don de la narración? ¿Cuándo no sabe contar una historia? ¿Cuándo pierde la narración precisamente porque conserva la memoria? No estoy cayendo en la retórica de una invocación a Mnemósine. Ni a una Memoria que podríamos ingenuamente creer vuelta hacia el pasado, y que la esencia de dicho pasado podríamos saberla mediante una narración. Mi deseo es hablarles hoy acerca del porvenir. (2008: 17)

Desde la literatura y la filosofía hasta el porvenir, hasta la memoria del porvenir. Esto es de lo que hoy yo, con Derrida, también desearía hablarles.



Como ustedes saben, Derrida se caracteriza desde hace tiempo por escribir y por querer escribir desde una supuesta frontera entre literatura y filosofía y sobre ella. Habría numerosos ejemplos de ello.

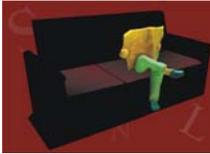
1) Por un lado, textos como "La mythologie blanche. La métaphore dans le texte philosophique" o "Qual Quelle. Les sources de Valéry" en *Marges –de la philosophie*; "Le retrait de la métaphore", "Les morts de Roland Barthes", "Une idée de Flaubert. La lettre de Platón" o "L'aphorisme à contretemps" en *Psyché. Inventions de l'autre*; o como *Schibboleth. Pour Paul Celan; Ulysse gramophone. Deux mots pour Joyce; Mémoires – Pour Paul de Man; Demeure. Maurice Blanchot*; o *Artaud le Moma*; y me detengo aquí porque estos textos ya sirven por sí mismos para reflejar lo más evidente de la dificultad que supone clasificar sus escritos como "literatura" o "filosofía", pero habría que extender la lista arriesgándose a hacer una bibliografía exhaustiva de toda su obra. Estos textos no son simplemente un homenaje o un reconocimiento a la obra de pensadores considerados "literatos" [¿alguien podría decir sin morderse la lengua que Blanchot o Bataille son más literatos que filósofos? Cuestión terrible y temible] sino que son textos en los que Derrida escribe y se escribe con ellos, a su lado, entre sus líneas, con su literatura y también contra ella, con su reflexión y también contra ella. Pero ante todo, en lugar de escribir "con" o "con-tra", términos que siempre será difícil de discernir entre sí, Derrida escribe "de-sde" y "a partir de". Los textos que deconstruye son textos que ama, que respeta y admira a su manera.

2) Por otro lado, textos como "hors-livre", "la dissémination" o "la double seance" en *La dissémination*; "Tympan", en *Marges –de la philosophie*; o como *Glas, La Carte Postale o Circonfession, etc.*; son inclasificables, más allá de sus temáticas, desde el propio concepto de "filosofía" o "literatura". La estrategia textual que en ellos opera, y que por definición nunca podría ser meramente teórica, pone en práctica una *praxis*, una forma de hacer "ni literatura ni filosofía". Hasta la propia idea de "libro" se deshace en estas páginas que van más allá de los límites determinables con los que trabaja la conceptualidad académica y las instituciones filosóficas y literarias. Nada en ellos justificaría sin más su encasillamiento en un género determinado. ¿Cabría preguntar, entonces, qué son estas obras? Riesgo abisal e ineludible.



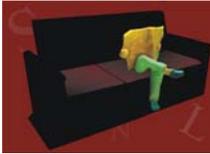
3) Habría que resaltar, además, un tercer lado: en textos como "Cette étrange institution qu'on appelle la littérature" en *Derrida d'ici, Derrida de là*; "Demeure", en *Passions de la littérature*; o como *Donner la mort, Passions, etc.*; Derrida desarrolla cierta teoría literaria o pensamiento acerca de la literatura que no podemos pasar por alto a la hora de leer sus textos.

Sin embargo una denuncia típica, más bien una excusa un tanto irresponsable para no enfrentarse a sus textos, consiste en decir: para la institución filosófica, que sus textos son literarios y, *para esta extraña institución que llamamos literatura*, que eso es filosofía. Creo no equivocarme si digo, especialmente si lo digo aquí, en América, que la filosofía recurre más a menudo a esta excusa que la literatura. Quizá mi presencia en este congreso sea ya un buen ejemplo de ello. Pues bien, para Derrida no se trata sin más de una decisión, literatura o filosofía, ni, como a menudo suele decirse, de una simple contaminación. Derrida ha confesado más de una vez que en su adolescencia, llegado ese momento de cierta necesidad narcisista de identificación, él soñaba con escribir sus memorias. Curioso sueño, sueño imposible también podríamos decir, el de un adolescente que quiere escribir sus memorias que estaban, en su mayor parte, por venir. Sueños de autobiografía, o mejor, de escritura autobiográfica. Más allá o más acá de intentar enlazar la vida del joven Derrida con su pensamiento adulto, buscando alguna causalidad que no me interesa aquí y que, por lo demás, el propio Derrida se ha encargado de deconstruir a su manera, lo que me gustaría resaltar es que los textos de Derrida no están en una posición de "ni literatura ni filosofía" debido a una cuestión meramente teórica. *Como si* la búsqueda de la razón naciese de la razón misma, *como si* la razón fuese la causa de su propia búsqueda, a la vez el motor de búsqueda y el objeto buscado. Desde la filosofía nunca podremos desmentir este atrevimiento pero tampoco nunca podremos justificarlo. Pero este "como si" con el que trabaja cualquier investigación filosófica o científica, metafóricidad intrínseca al lenguaje del pensamiento, es "la entrada de la revelación en la literatura" (Derrida, 2006: 165), es ya la literatura misma *como* ficción a la vez que testimonio. Jamás, para Derrida, se podrá separar la ficción del testimonio y esto va a suponer la irrupción sin reservas de la literatura en lo político, la literatura como ficción de testimonio. [¿Pero decir "literatura



como ficción y testimonio”, “literatura como ficción de testimonio” es lo mismo que, o es ya, decir “la literatura es ficción y testimonio, ficción de testimonio”? ¿Cuál es el alcance de este “como”, de un “como si” que parece anunciarse diciendo lo que no quiere decir, diciendo incluso que no dice lo que dice o que, al menos, pretende distanciarse de lo que dice? Hay en todo “como” o “como si” un desplazamiento. El que dice “como si” pretende desvincularse de inmediato de la responsabilidad de sus palabras al ser otro, un otro ficticio o fingido, quien las dice. Un otro que habla por mi boca, pero no con mis palabras y que se anuncia a sí mismo, a su yo-otro, a través de un “como si” inicial. El otro es ficticio, ficcional, es virtual y aparente. ¿Podríamos decir también que el otro es tácito? Un otro que no se oponga al Yo sino que se sobreentienda en él, es decir que no sea su contrario sino, al contrario, y más allá de su contrario, que sea un otro que manifiesta la ficcionalidad del Yo y abre, así, su responsabilidad.]

Pero vayamos un poco más despacio. ¿Por qué decimos que el que confiesa “nunca supe contar una historia” escribe desde la frontera inaprensible de un “ni filosofía ni literatura”? ¿Qué empuja a Derrida de la filosofía a la literatura, de la literatura a la filosofía, de la una a la otra, a la vez que lo expulsa de ambas? *En principio* (expresión que nos sitúa ya en cierto primer lugar a la vez que nos hace dudar de su posición primaria) la literatura como institución moderna se arroga o tiene el derecho a decirlo todo, puede decirlo todo bajo la defensa que le otorga ese barniz ficcional que la hace brillar. Estaría, por lo tanto, más allá de la censura, es decir fuera de toda jurisdicción. Pero ustedes saben bien que hoy en día no existe ningún Estado-nación, ningún aparato político-jurídico capaz de suscribir esta posibilidad. Existen los delitos de palabra y de escritura, y pueden llegar a ser extremadamente graves. Este sería un segundo motivo por el cual la literatura entra de lleno en el terreno político, porque toca, roza y atraviesa sus límites, sus fronteras. Es decir se puede hacer responsable a la literatura de lo que ella dice *como si* de un testimonio ante un juez se tratara [Ficción de testimonio]. Es aquí donde, quizá paradójica pero (hiper)responsablemente, Derrida demanda cierto derecho de irresponsabilidad para el escritor:



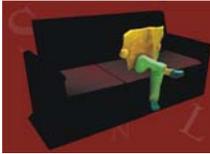
El [escritor] puede, yo diría incluso que a veces debe, reivindicar cierta irresponsabilidad al menos con respecto a poderes ideológicos, por ejemplo de tipo jdanovista, que intentan recordarle responsabilidades muy determinadas ante los cuerpos socio-políticos o ideológicos. Este deber de irresponsabilidad, de negarse a responder de su pensamiento o de su escritura ante poderes constituidos es quizá la forma más alta de la responsabilidad. (2009: 258)

Responsabilidad ante *la* responsabilidad, irresponsabilidad ante *la* responsabilidad, ante aquella responsabilidad que está segura de su concepto y pretende imponerlo al tiempo que lo custodia. Ante esto cabría la irresponsabilidad de ser responsable para con una responsabilidad que no es estática ni preconfigurada sino que se hace a cada respuesta, en el dar respuesta de cada respuesta, incluso en un dar negativo que priva al responsable de respuesta ante *la* responsabilidad constituida. El que no da respuesta, el irresponsable, puede volverse hiper-responsable al no responder ante determinadas concepciones de la responsabilidad. Pero debemos distinguir entre los dos tipos de irresponsabilidad que posibilita la propia literatura:

1) Por un lado la irresponsabilidad que no responde ante responsabilidades constituidas, por ejemplo de tipo jdanovista, que pretenden forzar la responsabilidad, su concepto mismo, hacia unas directrices y unos principios inamovibles y perniciosos que, lejos de dar respuesta, diseñan y limitan las respuestas. Cuando hay respuestas inaceptables todas las preguntas se vuelven dictatoriales. Si la respuesta no se inventa en cada caso ante el rostro im(pre)visible del otro entonces, para Derrida, no hay propiamente respuesta sino acción mecánica, acto reflejo, respuesta programada. En ese caso, es evidente, toda pregunta sobra y la alteridad quedaría subsumida, por lo tanto eliminada, en una ipseidad, en una identidad consigo que se conoce a sí misma o se podría conocer a través de la deducción de sí.

2) Por otro lado, la irresponsabilidad del que no da respuesta, del que no responde al otro pero no para salvaguardar la responsabilidad (de sí y del otro) sino para esquivarla, esto es, para eliminarla ficcionalmente. Pero esta irresponsabilidad, la irresponsabilidad que surge con la excusa de la ficción y se esconde tras un "como si", también es inherente, como posibilidad, a la literatura.

Derrida escribe:



Creo que, en la literatura, existe en efecto el riesgo de la irresponsabilidad, o bien de la no-firma (digo cualquier cosa, puesto que no soy yo), o bien el riesgo de confundir la ética con la estética, el riesgo de parecer, el del fetichismo; todos esos riesgos son: inherentes como posibilidad a la literatura. (2001: 24)

Derrida llama hiper-responsabilidad a esta irresponsabilidad que *es quizá la forma más alta de la responsabilidad*:

Insisto en general en la posibilidad de «decirlo todo» como derecho reconocido en principio a la literatura, para marcar no la irresponsabilidad del escritor, de cualquiera que firma literatura, sino su hiper-responsabilidad, es decir, el hecho de que su responsabilidad no responde ante las instancias ya constituidas. Poder decirlo todo en nombre de la ficción, incluso de la fantasía, es señalar que la institución literaria, la literatura en sentido estricto es una institución indisociable del principio democrático, es decir, de la libertad de hablar, de decir o de no decir lo que se quiere decir. (2001: 23)

Esta apelación al “poder decirlo todo” es un recurso a la totalidad que formaría parte de la definición de la literatura y, a su vez, uniría ésta a la filosofía. El motivo de la totalidad pertenecería a ambas o, quizá, porque siempre hay que decir “quizá”, circularía de la una a la otra uniéndolas, desuniéndolas en su unión, ni filosofía ni literatura, ni la una ni la otra. Pero Derrida, a pesar de sentirse empujado hacia una escritura de lo por venir, que nada tendría que ver con la ciencia-ficción sino más bien con una escritura aquí y ahora de lo que está por venir, es decir también una escritura del porvenir que está y es por-venir, aquello a lo que hace un momento llamábamos memorias del porvenir; pero a Derrida –decía–, a pesar de sentirse empujado hacia una escritura de lo por venir y por lo tanto también deudor de cierta visión de la ficcionalidad, no le interesa la literatura en sí misma como ficción sino aquellos literatos que vuelven la literatura contra sí misma, contra sí mismos, que vuelven o devuelven la literatura hacia sí misma pero de otra forma, cuestionando ficcionalmente la propia literatura. Aquí está el nexo principal entre literatura y filosofía, ahí donde se plantea la pregunta filosófica por excelencia, quizá la única pregunta filosófica, a saber “¿Qué es?”, en nuestro caso, aquí y hoy, ¿Qué es la literatura? En general la literatura no se plantea esta pregunta a sí misma, al menos no siempre, al menos no siempre explícitamente, y Derrida, al igual que otros muchos y grandes literatos, la plantea desde



la filosofía, como por lo demás no podría ser de otra forma. Joyce, Mallarmé, Blanchot, Kafka, Celan, Artaud, Nietzsche, Paul de Man, el propio Derrida, etc., ni literatos ni filósofos, tampoco escritores autobiográficos en el sentido de escribir "unas memorias", empresa siempre compleja y loable, sino escritores todos ellos de lo que nos obstinamos en llamar cierta memoria del porvenir. No cuestionando la literatura ni la filosofía sin más sino poniendo entre comillas la escritura y su concepto, es decir su principio o su esencia. ¿Qué es la literatura? Por volver a los principios y al principio, allí donde la frase "Nunca supe contar una historia" cuestionaba en el principio un principio, la pregunta "¿Qué es la literatura?" es una pregunta por el principio de la literatura, por su esencia. Para Derrida toda escritura, en el sentido deconstructivo de inscripción y desplazamiento, es ya literaria. Y la literatura, más allá del concepto moderno, por lo tanto reciente y artificial [en deconstrucción], de su institución es una escritura que no detiene nunca la deconstrucción de su esencia, es una escritura sin esencia que coloca todo principio en un segundo lugar. "No hay esencia –escribe Derrida– ni sustancia de la literatura: la literatura no es, no existe" (1996: 22). La literatura es el acontecimiento absolutamente singular de la idiomática, lo intraducible de su idioma. Esto es precisamente lo que a Derrida le interesa de la literatura, a saber el poder de sollicitación (término que Derrida utiliza en su sentido latino antiguo, esto es "hacer temblar como un todo"), la alteración como desvío errante hacia lo otro que desestabiliza y abre el pensamiento, la metafísica, la filosofía. Entonces la pregunta "¿Qué es la literatura?" es una pregunta sin respuesta precisamente porque es una pregunta sin pregunta. Es la pregunta que la ontología le plantea a algo no ontológico, a algo que carece de esencia pero que no es ajena a ella pues pasa por ser un desestabilizador de esencias. Según esto la literatura no tendría siquiera una función, en especial la muchas veces enarbolada "función crítica" de la literatura pues eso significaría limitarla, coartar sus posibilidades con la excusa de haber encontrado su esencia, su sentido y por lo tanto su función; se correría el riesgo de acabar con ella.

No estoy seguro de que "función crítica" sea la palabra justa.

En primer lugar, eso sería limitar la literatura fijándole una misión, una única misión. Eso sería finalizar la literatura, asignarle un sentido, un programa o un



Actas del II Congreso Internacional "Cuestiones Críticas"

Rosario 2009

Centro de Estudios de Literatura Argentina
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria / FHyA-UNR

ideal regulador mientras que también podría tener otras funciones esenciales, o incluso no tener ninguna función, ninguna utilidad fuera de ella misma. También puede por eso mismo ayudar a pensar o a delimitar lo que pueden querer decir "sentido", "ideal regulador", "programa", "función" y "crítica". Pero sobre todo la referencia a una función crítica de la literatura pertenece a un lenguaje que no tiene ningún sentido fuera de lo que vincula en occidente la política, la censura y la abolición de la censura con el origen y con la institución de la literatura. (2009: 257)

Por otro lado, la función crítica de la literatura, que se eleva siempre como soberano por encima de las cabezas de sus súbditos para enjuiciarlos y blandir su espada sobre ellos comparte la esencia de la filosofía, su transcendentalidad y su metalenguaje, es ya de alguna manera filosófica y eso, como dice Derrida, "no es necesariamente un cumplido" (2009: 272). La literatura contamina y se contamina siempre fuera de ella, necesariamente fuera puesto que lo que resulta difícil es asignarle un "en sí misma", una ipseidad consigo. Más allá de una simple contaminación, esto constituye su éxito y su fragilidad. Si no hay mismidad ni identidad plena entonces no hay punto de partida absoluto o, dicho de otra forma, el ahora de la literatura está ya desplazado hacia el ahora por venir que la constituye.

Puesto que el tiempo apremia y no podemos avanzar mucho más volvamos hacia atrás deshaciendo el camino. Hemos visto, sucintamente, que la literatura ligada a la historia como memoria y como creadora de memoria comparte su estructura metafórica, su *como si*, con la escritura filosófica al tiempo que desestabiliza y altera la intención totalizante de ésta. Y el punto más inestable y por lo tanto más engorroso para la filosofía es lo que llamamos la idiomadicidad, es decir lo intraducible de la singularidad que Derrida analiza a través de la fecha, la huella, la firma, etc., aquello que nunca vuelve y amenaza siempre con venir, con venir del porvenir, quizá con otro rostro, quizá con el rostro del otro, arruinando así cualquier proyecto universal. Esto ligaba la esencia sin esencia de la literatura con un pensamiento de la responsabilidad, es decir con el dar respuesta como necesidad para cualquier pensamiento de lo político. Si la literatura atraviesa los límites de la política y sella cualquier testimonio destinándolo al secreto del que parte también asegura la supervivencia de la democracia con el derecho a decirlo todo. Por eso Derrida escribe: "No hay democracia sin literatura, no hay



literatura sin democracia" (1993: 65). La escritura literaria, con el principio sin principio de poder decirlo todo, arruina y nutre la democracia en un mismo gesto, la desplaza siempre hacia su propio porvenir, la deja *para otro día* escribiendo hoy la memoria de lo que vendrá. La literatura está así absolutamente inmiscuida en lo que Derrida llama la "democracia por venir". La literatura es indisociable de la libertad de hablar y, por lo tanto, indisociable de la democracia. Indisociable de su responsabilidad, de la responsabilidad de hablar y de dar respuesta. Indisociable del don y de la donación, por lo tanto. Pero en la tradición Abrahámica el gesto mismo de dar nace mediado o atravesado por un silencio radical, por una promesa de silencio. Abraham, después de ser la hospitalidad en sí misma acogiendo a los tres ángeles enviados de Dios que representa Rembrandt (1656), niega una donación por otra, promete guardar en secreto el secreto, promete no dar respuesta para ser responsable con Dios. Una vez más, la aporía de la responsabilidad. Niega un don, la respuesta, para dar otro, una entrega mucho más terrible, la entrega más terrible de todas y en secreto. Un dolor incompañable, inconfesable. Abraham debe entregar a su hijo preferido: Isaac. Una ofrenda mortal, una ofrenda de muerte y para la muerte. Un sacrificio, una amputación, un desgarramiento atravesado por la imposibilidad de hablar, por la exigencia de secreto, como inicio de la interpretación, como inicio de toda interpretación de las religiones abrahámicas. Abraham se convierte así en aquel que nunca pudo contar una historia. ¿Cómo saber si sabía contarla si le fue negada la posibilidad? La historia que nunca pudo contar es una historia que no se puede contar porque no hay memoria de ella [¿se puede contar una historia sin memoria? Nos preguntábamos al "principio"]. La historia que Abraham nunca pudo contar es la historia del secreto, el secreto del secreto, lo inaccesible mismo, lo otro. Abraham sabía que no podía contar el sacrificio de Isaac, aun a riesgo de violar la ética más básica, pero no podía saber, y por lo tanto no podía contar, cuál era el secreto del secreto, el secreto del sacrificio, el por qué del secreto. La singularidad absoluta de lo radicalmente otro es aquí el secreto del secreto que abre en silencio la posibilidad de la literatura y la liga a toda la historia de occidente.

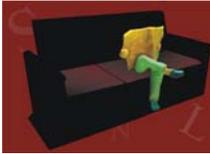
El secreto del secreto del que vamos a hablar no consiste en esconder *algo*, en no revelar su verdad, sino en respetar la singularidad absoluta, la separación infinita de

lo que me une con o me expone a lo único, tanto al uno como al otro, tanto al *Uno como al Otro*. (2006: 136)

La literatura siempre guarda así, en secreto, el secreto. Literatura segregada que reserva y respeta en retirada la singularidad absoluta del otro, la alteridad, al tiempo que la expone. Toda escritura es ya literaria y el desvío o desplazamiento está asegurado por la figura del otro inasible que guarda y se guarda en secreto. Derrida siente esta imposibilidad y confiesa: "Siempre tengo la impresión que el discurso es desigual a la historia que me gustaría contar, por lo tanto renuncio, renuncio todo el tiempo". (2002)

"Nunca supe contar una historia", decía Derrida en ese principio sin principio que también supuso nuestro principio hoy y aquí, y la triste debilidad que confesaba sentir puede también constituir una necesidad imposible, una necesidad de imposible y de hacer lo imposible, como tanto le gusta repetir a Derrida en sus textos, pues la historia que siempre quiso *contar* y a la que le dedicó miles de páginas habrá sido siempre de alguna forma una historia sin memoria, sin Mnemósine, quizá también la historia de un sueño de adolescente, la historia, es decir, la memoria del porvenir.

Incluso ahora, y más que nunca, más desesperadamente que nunca sueño con una escritura que no sería ni filosofía ni literatura, ni siquiera contaminada por la una o la otra, al tiempo que guarda, no tengo ningún deseo de renunciar a ello, la memoria de la literatura y de la filosofía. (2009: 291)



Bibliografía

Derrida, Jacques (1993). *Passions*. Paris, Galilée.

----- (1996). "Demeure". *Passions de la littérature*, coloquio dedicado a Derrida, Paris, Galilée.

----- (2001). *Palabra*. España, Trotta.

----- (2006). *Dar la muerte*. España, Paidós.

----- (2008). *Memorias para Paul de Man*. España, Gedisa.

----- (2009). "Cette étrange institution qu'on appelle la littérature". *Derrida d'ici, Derrida de là*, Dir. Thomas Dutoit y Philippe Romanski. Paris, Galilée.

Película-documental (2002). *Derrida*. Dirigida por K. Dick y A. Z. Kofman.